

también en la ciudad, es que cada familia viva en su propia casa, y que la casa tenga jardín o huerto. Esta es la razón de la inmensa área que Lisboa cubre: tres o cuatro veces mayor que la de Madrid. A ese huerto se debe, se me figura, la baratura de la vida, más que a la depreciación de la moneda. Un pedazo de tierra es el mejor regulador de los precios. Cuando las cosas suben se convierte el jardín en huerto; cuando bajan, se vuelve a cultivar rosas y claveles.

Un huerto es también el mejor regulador del espíritu. El niño creado en casa donde hay huerto, no preguntará a sus padres: «¿Cómo se hacen las naranjas?», porque sabrá, desde muy chico, que unas cosas se hacen y otras crecen, que es lo que no sabía Adam Smith, ni saben tampoco los socialistas de ahora, que se figuran que toda la riqueza es hija del humano trabajo, cuando la verdad es que, por obra de Dios, los árboles trabajan silenciosos, y ni piden jornal ni se declaran nunca en huelga; pero se enfadan cuando se les desatiende o se les cuida mal, porque no son tan sólo nuestros colaboradores, sino nuestros jueces, y esto es, ante todo, lo que el hombre ha de aprender desde que es niño, que hay quien juzga sus actos y sanciona los juicios.

Y esta distribución de la propiedad es, finalmente, el mejor regulador de las sociedades. Es irrisorio hablar de bolchevismo en un país donde son propietarios los más de los cabezas de familia. Podrá haber una minoría de comunistas en Lisboa, porque el sur de Portugal fué, y sigue siendo en parte, país de latifundios, y el latifundio es lo que crea al proletario, cuando echa a la ciudad al labrador su tierra. Pero en una democracia de propietarios, como es esencialmente Portugal, las revoluciones no pueden ser más que ventoleras políticas, que armarán mucho ruido, pero que dejarán intacta la estructura social.

La minoría comunista soñará su sueño. Lo seguirá soñando hasta cuando haya dejado de existir, aunque sin darse cuenta de ello. En todos los países en donde se halla la riqueza distribuida con amplia normalidad se ve frecuentemente a antiguos agitadores socialistas, obreros inteligentes y de confianza, que fueron ascendidos a capataces y lograron ahorrar algún dinero, con el que se compraron un terrenito y alzaron una vivienda en los alrededores de la ciudad, adornarse el ojal con la flor roja el Primero de Mayo, y saludar un poco ruborosos a las gentes, que les dicen con un poco de sorna: «No sabía que usted fuera socialista», porque los tienen por los burgueses más burgueses del mundo.

Los viejos socialistas no se rubori-

zan, sin embargo, de ser socialistas, sino de haberse hecho burgueses. Se les figura que el sueño hermoso era su socialismo, y que es su imperfección humana lo que les ha aburguesado. Algunos días dicen a sus mujeres que los buenos socialistas no debieran casarse, ni ganar más dinero que el necesario para no morir de hambre, con lo que está el hombre más libre para dedicarse a mítines y a huelgas. Las mujeres, que no creen nada de eso, les llevan el humor cuando son dóciles; pero no hay cortinas ni cristales más limpios que los del antiguo socialista que ha llegado a poseer su vivienda. No hay escuela de economía como la propiedad ni propiedad como la inmueble. Precisamente para hacerla asequible a todo el mundo, y sobre todo a los que la merecen, como

estos antiguos socialistas, es por lo que haría falta refrenar sus excesos, corregir sus abusos y castigar sus crímenes. Pero el más hermoso de los sueños no es el de una sociedad en que se igualen los destinos de los hombres con sentido económico y los de los faltos del instinto de conservar las cosas, sino una sociedad que haga la propiedad asequible a todo hombre que quiera trabajar y sepa ahorrar, hasta que no se oigan otras quejas que las de los perezosos y los pródigos, con lo que ya se habría conseguido que nadie se quejase con razón; sólo que todo esto me ha llevado ya lejos de Portugal y las «Lusíadas».

RAMIRO DE MAEZTU.

Monte Estoril, 27 de diciembre de 1922.

(El Sol, Madrid).

## Nota bibliográfica

CESARISMO TEOCRÁTICO.—POR CORNELIO HISPANO  
(Edic. del Sr. GARCÍA MONGE—1922).

HISPANO, el eminente escritor, nos cuenta, «con motivo de una estatua al señor Rafael Núñez» la labor del cesarismo teocrático en Colombia. Por supuesto, que no se trata de un libro cualquiera, sino de un libro compuesto por alguien que conoce los fines que debe perseguir toda pluma noble, al correr, flamígera, iracunda o apacible, sobre los renglones de una página.

Oigamos a Hispano: «Hablar de religión entre nosotros es casi tocar a rebato, porque aquí la religión no atañe exclusivamente a la conciencia de cada cual, como sucede en todos los países civilizados del mundo; esa palabra en Colombia tiene timbre guerrero, y con ella en los labios, en nuestros ubérrimos campos, se han librado las más sangrientas batallas». Es verdaderamente doloroso ver cómo esa teocracia cesarizada hizo correr la sangre de aquellos a quienes socarronamente llamaba sus hermanos. Ante tan triste pasado «deben callar las pasiones, pero no la Verdad y la Justicia». Y ya que «la marcha de las sociedades es inexorablemente lenta», quedaba revoloteando la esperanza, entre las almas, pues «repentinamente no pueden cambiarse las ideas, costumbres y preocupaciones de los pueblos...; el mismo cristianismo tardó cuatrocientos años en establecerse en Roma como religión oficial,

y... el paganismo, vencido para siempre, al parecer, en el siglo IV, no quedó bien muerto, y renació, más radiante aún, diez siglos después, para ya no morir nunca, y antes vivir y reinar eternamente en la filosofía, en las artes y en las letras, mientras la civilización del mundo tenga por mira la dignidad humana».

En todo el librito, Hispano considera, hábil y puramente, la labor de Rafael Núñez y sus colegas, quienes ignoraron que «una nación es un alma que vive en el pasado, una voluntad común en el presente y un acervo de esfuerzos, de desgracias, de errores, de faltas y de sacrificios para el porvenir»; además, «ignoraron que la tolerancia es el fruto más maduro de la más perfecta cultura».

Núñez, a quien el teocratismo colombiano exigía una estatua, «no tenía espada ni palabra, dos armas decisivas en estas democracias tormentosas». ¡Oh, la visión de tal teocratismo!

Interesa bastante esto del buen escritor colombiano: «las religiones, en todos los tiempos, han sido y son mujeres, de las cuales puede lograrse todo con mafia y lindas razones, pero que no conceden nada a la fuerza, y menos con grosería...; el sentimiento religioso de todos los pueblos es cosa sagrada, por lo cual en los labios de todo verdadero liberal deben ser miel las palabras de Plinio: *Si vais a Atenas, respetad a los dioses*».

«Cesarismo Teocrático» hace pensar, y por esto, es buen libro.

MARCO TULIO SALAZAR

Barba, 17-XI-1922.

*Deben considerarse como inéditos, y remitidos por sus autores, los artículos que no llevan al pie la indicación de dónde proceden.*